

Alfons Cervera,  
*Otro mundo.*  
Barcelona: Piel de  
Zapa, 2016. 151 p.

Luz C. Souto

Nació en Mar del Plata (Argentina). Es licenciada y profesora en letras por la UBA. Se doctoró en Filología Hispánica en la Universitat de València, en 2015, con la tesis: "Ficciones sobre la expropiación de menores en el Régimen Franquista y la apropiación de menores en la Dictadura Argentina: El exterminio ideológico y sus consecuencias en la narrativa actual". Es miembro de los grupos de investigación *Artelope*, *Consolider TC/12*, y el Microcluster *Cultura y Sociedad en la era digital* (UV), también es colaboradora externa de *Diálogos transatlánticos: España y Argentina Campo editorial, literatura, cultura, memoria* (UNLP). Ha publicado en revistas académicas y en libros de Argentina, Brasil, Canadá, España, Francia, Italia y México. Entre sus líneas de investigación se destacan: literatura española y latinoamericana de los siglos XX y XXI, memoria histórica en España y Argentina, y Siglo de Oro Español.

Recebido em 12 de maio de 2016  
Aceito em 30 de maio de 2016

Contato:  
lu.souto@uv.es

## NOVELA AL PADRE Y A OTROS SILENCIOS

Una foto en blanco y negro que recuerda las películas de F. W. Murnau encabeza la última novela de Alfons Cervera. Es la imagen de un actor interpretando *El idiota*, de Emilio Gómez de Miguel. Aunque detrás del maquillaje y del gesto expresionista, justo donde resalta una mueca de miedo que en el fondo se percibe no fingida, hay un padre: Claudio Cervera Ventura. Sobre él y sobre lo que se desencadena a partir de su militancia, su condena, su exilio, y su silencio se erige *Otro mundo*. Un mundo alterno al relatado por la historia oficial y al enmudecido por el padre, uno plagado de nombres y sucesos en el que podemos caminar *desde y por* la ficción, porque “los sitios desaparecen y sólo les queda la frágil rendición de la escritura. Contar que existieron, que allí hubo gente, miedo y coraje, una silenciosa tropa de corderos sin cabeza” (100).

*Otro mundo* propone, en primera instancia, un diálogo con el padre, un espacio que indague en “qué pasa con lo que no se cuenta” (17); pero este punto de partida es una riada incesante de motivos, entre ellos el tributo a los artistas que tuvieron que sobreponerse a la censura de la dictadura franquista, las vicisitudes de las compañías de teatro, los escritores por entregas que se vieron forzados a esconderse tras seudónimos, “identidades falsas y hasta géneros escondidos” (50) con los que creció y se formó el autor. Una literatura que, junto a los tebeos, marcó a las generaciones que nacieron de la masacre, condenadas a ser hijas de la derrota republicana, una literatura al margen de la vetusta y deficitaria educación del régimen: “esos

nombres y sus humildes novelas baratas fueron la escuela donde aprendí lo mejor que ha de saber un escritor: que sólo somos unos simples contadores de historias” (50). Pero Cervera es más que un contador de historias, quienes siguen su trayectoria saben que en sus relatos se nutre de una memoria espesa, heredada del fracaso histórico, pero también de una poética desgarrada que es una aplastante victoria sobre el dolor, el suyo, el de su familia, y el del pueblo español. Su escritura, además, es interrogación, es retorcimiento sobre la perplejidad que signó las sociedades de postdictadura: “Qué hay del otro lado de la escritura que no sea incertidumbre, búsqueda inútil, estatuas sin nombre vagando por las calles. Yo qué sé” (104).

Además de las preguntas o quizás precisamente por ellas, cohabitan en el relato de Cervera cientos de autores, una gran casa literaria que aparece incesante en su obra, desde Dylan Thomas, Marguerite Duras, Georges Simenon hasta los narradores españoles más recientes (Marta Sanz), algunos de ellos ya arrancados del presente pero que se figuran intemporales, como es el caso de Manuel Talens y Rafael Chirbes, a quienes está dedicada la obra, igualmente a la memoria de Javier Krahe. Imposible nombrar todos los autores, poetas, músicos, cineastas y actores de *Otro mundo*. Esta proliferación de referencias desnuda el amplio registro del autor y la capacidad para reconocer el influjo de otros escritores, sin que ello signifique una desventaja para su singularidad. Por el contrario, quienes se acerquen a su literatura sabrán que su estilo puede distinguirse desde las primeras frases: “Las sombras hablan. Yo no sabía entonces que las sombras podían hablar. Que tenían ojos y bocas” (13).

La trayectoria novelística de Alfons Cervera es reconocida y valorada, no solo por su incuestionable calidad sino por su persistencia en una narrativa comprometida con el pasado republicano. Su responsabilidad como escritor se vislumbra desde las primeras obras, aunque se asienta en los noventa con *El color del crepúsculo* (1995), *Maquis* (1997) y *La noche del inmóvil* (1998), continúa en el cambio del milenio con *La sombra del cielo* (2002) y *Aquel invierno* (2005). Estos textos, reunidos en 2013 bajo el simbólico título *Las voces fugitivas*, advierten que “la memoria no habla del pasado sino del presente”. *Otro mundo* se une a este proyecto narrativo en donde la ficción no solo aborda el relato de lo que pasó sino lo que en torno a ese pasado se juega en el presente. Cervera es consciente de que no estamos ante una memoria estática y que “el pasado no existe, que sólo existen los usos a que se lo somete demasiadas veces con escabrosas intenciones” (116). Por eso es necesaria la indagación, para enmendar el relato de los hechos y a partir de ello fundar la propia historia. Es por eso que en la literatura de Cervera el pasado no regresa, “siempre está ahí, en la forma de una escritura llena de lagunas, de espacios en blanco, de vidas y muertes, de silencio” (126). Es en la aceptación de ese pasado traumático, donde el narrador puede completarse con la imagen de su padre (*Otro mundo*), de su madre (*Esas vidas*) y de Los Yesares/Gestaltar (*Las voces fugitivas*). Escritura coral en la que confluyen las voces familiares y la del pueblo, retrato de una España herida que no ha dejado de sangrar en la nueva generación. La memoria aquí es herencia: “toda mi vida he intentado olvidar cómo llorabas de impotencia y de vergüenza en el regreso a casa. Y nunca lo he conseguido. Nunca” (127).

La imagen paterna, abordada también en otras narrativas españolas recientes como *Tiempo de vida* (Marcos Giralte Torrente, 2010), en Cervera se encuentra vaciada de heroicidad porque “no hay épica de la derrota” (130). Se acerca a este tratamiento, aunque desde un ámbito diferente, donde se privilegia la imagen sobre el texto, Antonio Altarriba con los cómics *El arte de volar* (2009) y *El ala rota* (2016), el primero sobre el padre y el segundo sobre la madre. Aunque para Cervera fue primero el relato sobre la madre con *Esas vidas* (2009), obra finalista del Premio Nacional de Narrativa 2010, que se recomienda leer conjuntamente con *Otro mundo* para entender lo que los actos producen en uno/a y en otro/a, y como todo/a y todos/as están atravesados por una historia común. La madre muere lentamente, “poco a poco el cuerpo desaparecía entre las piernas. Se doblaba como un contorsionista” (*Esas vidas*, 103); el padre, en cambio, sufre un ataque al corazón, muere “áprisa, sin apenas mirar a nadie” (*Esas vidas*, 102).

Sendas producciones dejan claro que “no somos dueños de nada y menos aún de los recuerdos” (136), en ambas las pérdidas crecen y se estancan en la existencia del narrador, son aliento, fuego de memoria que visita la noche. “Arden las pérdidas”, escribía Gamoneda (2003), y en ellas, en el quebranto, todo puede vivificarse como presagio. “La luz es médula de sombra” (Gamoneda). Cervera, que ha leído y citado al poeta ovetense, construye una novela que se inflama incluso en la incomodidad de la pérdida, una escritura punzante que se desborda detrás de las puertas y a pesar del silencio. Este acto en el que se nombra la pérdida, constantemente, y donde incluso las sombras pueden habitarse, funciona como lazo para franquear

la imposibilidad de su progenitor: “no hablar ni de lo que perdiste, que habría de ser finalmente casi todo. Callar como si las calles y las casas donde vivimos se hubieran convertido en una emboscada sin atajos para la huida” (119). Con esto, *Otro mundo* se devela como un espasmo de múltiples duelos: el del padre: “Para ti, escribo. Para sacar tu memoria del silencio a que te condenaron los años de infamia” (88); el de los amigos: “Rafael Chirbes, el escritor amigo que sabía como nadie desde dónde hablo, desde dónde escribo para llegar donde creo que ha de llegar la literatura decente: a ningún sitio” (90).

Novela tumba, lápida, memorial que recoge siempre el duelo por la tragedia española, hilo conductor de toda su narrativa, y que aquí se mezcla con el recuerdo paterno: “En la cuadra de caballos he visto un maquis. El olor de la masa me llegó en lugar de tu respuesta. Apenas un susurro” (102). La revolución infructuosa, además, se deberá llevar a cuestras, por eso se convierte en el reclamo que rige la enunciación: “¿Y la revolución, padre, qué nos queda a ti y a mí de tu vieja revolución, cuando aún creías que la vida tenía un sentido y no el que descubriste tantos años después en las amargas profundidades del pozo? ¿Qué nos queda?” (139).

Por un duelo y por el otro, por el personal y por el compartido, la filiación que construye su prosa es tan lúcida como dolorosa; “escribo para quitarle el miedo a lo que recuerdo de tu vida” (89). También escribe como resistencia contra el olvido, contar es dar cuerpo y presencia a los ausentes, aunque sea por medio de fantasmas, como son la mayoría de los personajes de Cervera. Los espectros, víctimas de la barbarie, aparecen no como amenaza sino

como portadores de una historia oculta que después de tanta espera puede ser verbalizada. El secreto es grieta por la que el autor no hace una biografía sino una invención, porque su escritura, sobre todo, “no se cose a los recuerdos sino al relato” (*Esas vidas*, 146). Por eso *Otro mundo*, como antes *Esas vidas*, son novelas abiertas que buscan decir el silencio, ir a contrapelo de la injusticia y de la muerte. Cervera, hijo y escritor, heredero de una memoria que revienta los corazones a mediodía, diagrama un espacio, otro mundo, que rompe con el tiempo, la distancia y el ostracismo; porque ya han sido “demasiados años, padre, demasiado silencio” (146).

